

Bien por los Biocombustibles

(Tomado de El Espectador - Octubre 6)

Eduardo Uribe Botero*

Andan los ambientalistas, muchos de ellos amigos míos, lamentándose sobre los daños ambientales que, a su juicio, causará la producción de biocombustibles. Sus lamentos coinciden con los de algunos funcionarios de la OCDE y de la Comunidad Europea y con los de los presidentes de Venezuela y Cuba. Lamentan todos ellos, al unísono, que la producción de biocombustibles destruirá la biodiversidad en grandes extensiones.

Dicen que en Colombia se transformarán millones de hectáreas de ecosistemas naturales, de bosques y sabanas, en nocivos monocultivos de palma y de caña; que muchas especies endémicas de fauna y flora se quedarán sin hábitat, y que se acelerará su extinción. Les preocupa que por causa de los biocombustibles los precios de los alimentos suban y que sean los pobres los que carguen con las consecuencias. Yo, la verdad, no estoy de acuerdo con lo que dicen, no los entiendo, ni siquiera los comprendo.

En primer lugar, no creo que la siembra de cultivos de palma y de caña en Colombia esté conduciendo a la destrucción de ecosistemas naturales y a la extinción de especies. Tomando las precauciones debidas, el área de esos cultivos bien se podría multiplicar por diez o más sin que se causen impactos negativos. De hecho, el establecimiento planificado y el manejo cuidadoso de esos cultivos bien podrían generar beneficios ambientales.

Esto es particularmente cierto en el caso de los cultivos de palma que se establecen en valles y sabanas improductivas y deterioradas por décadas y siglos de ganadería extensiva. Esos cultivos bien podrían contribuir a la recuperación de las propiedades biológicas de los suelos, y a la ampliación de los nichos de especies cuyas poblaciones fueron diezadas por el crecimiento de la ineficiente ganadería extensiva.

Sorprende también la preocupación de los ambientalistas por lo pobres. Llevan décadas promoviendo la creación de parques nacionales en los territorios ancestrales de comunidades campesinas, negras e indígenas, impidién-



doles el aprovechamiento económico de sus recursos y, por esa vía, estancándolas en la pobreza. Sus argumentos son cuestionables y contradictorios.

No es cierto que los cultivos que se necesitan para producir biocombustibles estén desplazando a otros cultivos. Y, en todo caso, que bueno sería que por fin los agricultores obtuvieran una remuneración justa por sus productos. Eso, sin duda, mejoraría la calidad de vida en el campo y las condiciones del empleo rural; y contribuiría a cerrar la amplia brecha que en Colombia existe entre el campo y las ciudades. Podría incluso contribuir a prevenir problemas de violencia.

Me resulta pues imposible solidarizarme con los lamentos de quienes ven desastres ambientales por venir. Me resulta tan difícil ver esos desastres como ignorar los beneficios ambientales y sociales que traerán los biocombustibles. Creo que no existe un cambio tecnológico más viable y promisorio para controlar el cambio climático global que la sustitución de combustibles fósiles por biocombustibles en el sector transporte. Tampoco creo que exista hoy una mejor opción para aliviar los problemas pobreza y desempleo rural y la contaminación del aire en las ciudades.

Vale la pena que los ambientalistas hagan un esfuerzo por lamentarse solo cuando de verdad existan razones para ello y por celebrar las oportunidades. Que bueno sería que en lugar de andar buscándole problemas a las soluciones se concentraran en buscarle soluciones a los problemas. Volveríamos a creerles. ☞

* Director del CEGA - Universidad de los Andes